

pidamente en los días de su último cautiverio. Ninguno revelaba que al llegar á la despedida, Napoleon y Guillermo se conmovieron, los bellos ojos de la Emperatriz se arrasaron de lágrimas, y sobre aquellas frentes ceñidas de áureas coronas, batió sus negras alas el siniestro presentimiento de una próxima guerra. Y aquello queria decir que los reyes, los emperadores, hoy son juguetes de una fatalidad, para ellos completamente incontrastable. Se llaman reyes, y son esclavos. Se llaman soberanos, y no tienen la primera prerogativa de la soberanía, la santa libertad. Por eso no hay que dar desmedida importancia á la entrevista de los emperadores. Ellos nada pueden contra el destino, nada. Las rivalidades de sus pueblos, las enemigas de sus respectivas razas, son más poderosas que sus soberanas voluntades. Antes como despues de la entrevista se oirán tronar mil guerras, preñadas todas de iguales catástrofes, sobre la frente y la corona de esos Césares.

CAPITULO XIX.

GRAVISIMAS DIFICULTADES...

Los asuntos de Francia continúan siendo tristes, dolorosísimos para los corazones que amamos la humanidad y sus progresos. París, ¡ah! París se halla irritadísimo. Lo vergonzoso de la última paz; la desmembración del territorio, triste para toda Francia, pero más triste aún para su capital, espuesta hoy como nunca á las irrupciones germánicas; la dolorosa convalecencia de ese sitio en que el hambre, la peste, el bombardeo, como que han exaltado la fibra y trastornado el ánimo de los parisienses; la Asamblea reaccionaria, verdadera invasion de los campesinos en las ciudades, sí, de esos campesi-

nos que, por lo estúpidos y por lo inmóviles, parecen todavía siervos del terruño, fósiles anteriores al gran diluvio de la revolución; las amenazas de destruir la capitalidad de París, lo cual sería tanto como decapitar á Francia, quitarle el cerebro que enjendró la Enciclopedia y la declaración de los derechos fundamentales humanos; todas estas concausas han dado de sí una insurrección parisiense que reivindica la República verdadera, y quiere salvarla de las conjuraciones orleanistas en Versalles tramadas, y que, si prevalecieran, serian ya el último estertor de la terrible agonía de un grande, si desgraciado pueblo.

Desde el comienzo de esa malhadada Asamblea, su conducta y su política entrañaban todas estas catástrofes. La Asamblea desoyó la voz de Garibaldi, ahumado todavía con la pólvora quemada en cien batallas por Francia y su República. La Asamblea insultó al pueblo de Burdeos, parapetándose tras una doble fila de soldados, como si en vez de ser los representantes, fueran sus miembros los conquistadores de Francia. La Asamblea ahogó la voz de Víctor Hugo, que era la voz del genio, la voz del destierro, la

voz del martirio, la poderosa voz de todo un cielo de glorias y de todo un Océano de ideas. Débil, indecisa, reaccionaria, llena de preocupaciones, incapaz de levantarse á las altas cimas de lo porvenir para divisar desde allí el gran destino que aún le está reservado á Francia si acierta á fundar la federación latina, esa Asamblea, despues de haber descoyuntado la patria, se apercibe á inmolar la República. Si alguna duda cupiera de este propósito, ahí está el intento de encerrarse en Tours ó en Poitiers, ciudades levíticas, ó de ir á lo sumo á Fontainebleau, hasta optar definitivamente por Versalles, la capital, la corte destruida por la Revolución francesa.

Mientras cometia la Asamblea todos estos errores, condensábanse en París nubes de cólera. Innegable es que hay en la gran ciudad tendencias demagógicas, pero tambien es innegable que la política inaugurada por el nuevo Parlamento sirve tan sólo para exaltar esas tendencias. A la orilla derecha del Sena se levantan dos grandes colinas llamadas de Chaumont y de Montmartre. Esta última es el principal teatro de los últimos acontecimientos. Curiosísima

por su formación geológica, allí se encuentran aquellos moluscos, aquellos vegetales marinos petrificados de cuya antigüedad se reía Voltaire. Los normandos, los alemanes de Othon pasaron en la Edad media por sus cimas, que parecen propicias á las tempestades. En 1814, los aliados que venian á castigar las invasiones del primer Imperio con una grande invasion, tomaron á Montmartre antes de tomar á Paris. En una de las grutas de su romántica iglesia, profesó aquel pendenciero y altivo señor español, que despues de haber peleado en tantos combates y corrido tantas aventuras, ó por exaltacion de la fé, ó por hastío del mundo, se declaró siervo de la Iglesia y fundó la orden de los jesuitas, el ejército último del Pontificado, el supremo y último refugio del Catolicismo. Colina célebre, como cada uno de los sitios de esa gran ciudad; colina sembrada de calles tortuosas y sombrías que alternan con grandes quintas ocultas entre los árboles; colina coronada por una extraña iglesia y por grandes molinos de viento, como aquellos que alarmaron á D. Quijote; Montmartre es el Aventino á donde se han retirado, imitando á los antiguos plebeyos de

Roma, los nuevos revolucionarios de Paris. Aparte las generales quejas, dolianse primero de que se les obligara á pagar alquileres en tiempos en que habian carecido de trabajo; segundo, de que se les desposeyera de los treinta sueldos, franco y medio, que venian cobrando por cabeza y que les era indispensable hasta el definitivo arreglo de sus nuevas ocupaciones; tercero, de que les quitaran el derecho á nombrar sus jefes cual si todavía continuaran los tiempos del Imperio; cuarto, de que se les impusiera por comandante general á Aurelles de Paladine, conocido en todo el mundo por sus ideas monárquicas y sus sentimientos reaccionarios; quinto, de que la Asamblea quisiese prolongar su existencia más allá de sus poderes, cuando elegida entre los horrores de la guerra y destinada á regular la paz, cometeria una verda lera usurpacion de poderes si aspirara á convertirse en Asamblea Constituyente.

Entre estas quejas las hay económicas que no pueden ni admitirse ni satisfacerse sino accidentalmente, como un resultado de esta especialísima crisis, pero jamás como una consecuencia normal de la legalidad re-

publicana. La República no puede dispensar al inquilino de pagar el inquilinato, ni despojar al propietario de un derecho que es tan sagrado como todos los derechos. Uno de los alcaldes más revolucionarios de París, Motu, ha propuesto que la ciudad pague á los propietarios los alquileres de estos últimos meses en papel de su deuda municipal. Tampoco puede la República mantener ni con seis reales diarios ni con uno á los guardias nacionales de París. Las muchedumbres que se acostumbran á recibir una soldada de los Gobiernos, acaban por erigir un César, al cual le entregan su derecho y su conciencia á cambio de que satisfaga sus apetitos y les llene el estómago. La República necesita un pueblo de ciudadanos, y no pueden ser ciudadanos los burócratas tendiendo la mano para recibir del Gobierno un salario.

Pero la verdad es que si las quejas económicas son verdaderamente infundadas, las quejas políticas son fundadísimas. El pueblo de París no puede consentir que le roben ni su capitalidad, ni la República. La capitalidad es una de esas obras sociales superiores al capricho de los gobiernos y á la voluntariedad de las Asambleas. La República es un

Gobierno de derecho, es el organismo propio de las democracias, es la forma única de la libertad social, es la soberanía definitiva y permanente. Conspirar contra ella para traer nuevos reyes que dispongan de la suerte de la Francia y la arrojen á procelosos abismos como el de la última guerra; conspirar contra la República y á favor de la Monarquía es conspirar contra la independencia, contra la salud, contra la honra de los pueblos. Cuando se ven los males que ha traído el Imperio, cuando se aspiran los miasmas deletéreos que ha dejado en los aires y en las conciencias, ¡ay! se comprenden los recelos del pueblo y todos los temores á una nueva Monarquía.

Pero la guerra civil es un medio horrible de realizar las ideas. La guerra civil conduce fatalmente á la ruina de la libertad. La guerra civil desangra á las naciones, y poniéndolas en el supremo caso de optar entre la anarquía y la dictadura, las obligan á optar siempre por la dictadura. La guerra civil, despues de la guerra extranjera, cuando la patria está yerta, cuando corre la libertad supremos peligros, cuando el invasor no ha abandonado todavía el territorio

nacional; la guerra civil, en momentos de tal suerte extraordinarios, no es más que un crimen, y un horrible crimen.

Sea el Gobierno por su impericia, sea la Cámara por su espíritu reaccionario, sean los rojos por sus exageraciones, cualquiera que promueva hoy la guerra civil en Francia es reo, no sólo de lesa patria, sino también de lesa humanidad; principio de estos funestísimos acontecimientos ha sido la retirada de una parte de la Guardia nacional á su montaña aventina. Allí guardaban varios cañones apuntados hácia la ciudad. El Gobierno reclamó los cañones. La Guardia nacional no quiso entregarlos. El Gobierno, viendo que la agitacion continuaba, suprimió un gran número de periódicos exaltados. Esta medida impolítica fué motivo de acerbis críticas y piedra de escándalo para la opinion liberal. Nuevas intimaciones fueron dirigidas á los nacionales en armas por el general Vinoy, antiguo senador del Imperio y gobernador de París. Estas intimaciones han sido rechazadas por los insurrectos. A su actitud de resistencia siguieron agresiones y la construccion de barricadas, seguro indicio de una grande lucha. El general Cle-

mente Thomas, que acudió al sitio de la asonada, fué impiamente fusilado. El general Lecomte también fué fusilado. Y el general Chanzy, que venia de Orleans, preso en la estacion y conducido á las cárceles, abiertas por el Comité insurrecto.

Tiers y todos los ministros abandonaron á París; Julio Ferry, que era prefecto, dejó también el Hotel de Ville. La Asamblea convocada, se reunió inmediatamente para decir á las provincias que no secundaran el movimiento. El Gobierno publicó una proclama conjurando á la paz, á la concordia, al orden para salvar la patria todavía amenazada del extranjero, para fundar la República todavía tenida por muchos como generadora del desorden y de la anarquía. Mientras tanto, los insurrectos entraban á su vez en el Hotel de Ville, y desde allí deponian solemnemente al Gobierno y á la Asamblea que los conminaba desde Versalles. Los diputados de París, todos avanzados, pedian también á los sublevados calma y al Gobierno conciliacion por medio de prudentes concesiones. El espíritu de París, sin duda alarmado por las amenazas reaccionarias de la Asamblea, no se agitaba tanto como era de

temer. La tropa de línea que fué enviada contra el pueblo, no quiso combatir. La Guardia nacional, llamada por repetidas generalas, tampoco acudió al combate. El pueblo del Aventino se apoderó del Hotel de Ville y desde allí decretó nuevas elecciones. Toda esta gran tragedia sólo había producido algunas escaramuzas y diez ó doce muertos. Pero el ánimo se siente abatido al ver los males infinitos que llueven sobre esa Francia.

CAPITULO XX.

DE ALGUNOS REPUBLICANOS ALEMANES.

Una gran reunion de demócratas de Alemania, á cuyo frente se encuentra el ilustrado Meyer, han pronunciado discursos llenos de ideas republicanas. Estos discursos tienen un gran sentido teórico. Es verdad, no hay otro porvenir para Alemania, no hay otra grandeza que la República federal. Por este individualismo de su carácter, por este antiguo hábito de ejercer el libre pensamiento en su conciencia religiosa, por esta federacion de su patria, el pueblo alemán está destinado á fundar una República más duradera que el pueblo francés, católico, militar, unitario, socialista. Pero el pueblo francés tiene sobre el pueblo alemán dos cua-

tidades sobresalientes: mayor sentido práctico, y por consecuencia sabe que no puede establecer ideas revolucionarias sino por medios revolucionarios; y un odio mayor á la Monarquía, que seis veces ha sido restaurada en el presente siglo y cinco veces ha rodado en el polvo. ¿No os lástima ver á quién vá, despues de todo, el discurso de Meyer dirigido? Al emperador de Austria, al hermano gemelo del Papa, al jefe de la Alemania monárquica, al descendiente de los sacros Césares, al dios de la Santa Alianza, al verdugo de Polonia, al carcelero de Venecia, al monstruo de cien cabezas que ha lanzado sus ejércitos mil veces contra nuestros ejércitos, que tiene sus brazos tintos hasta el codo en la sangre de nuestros mártires, y que todavía acaricia, allá en su conciencia perturbada, la siniestra idea de levantar el trono y el altar intolerante sobre las espaldas de la democracia vencida.

Es necesario no caer en el error que se contrae muy fácilmente cuando se lucha con dos enemigos poderosos que á su vez luchan entre sí; en el error de favorecer al uno contra el otro. El partido democrático, si vence Prusia, caerá bajo una dictadura militar;

pero sin vence Austria, caerá bajo una dictadura teocrática. Es necesario evitar ambos escollos, organizando fuertemente la democracia alemana, extendiéndola por Austria y por Prusia, jurando en cuanto sus fuerzas se lo consientan, destronar á todos los emperadores y á todos los reyes de Alemania, lo mismo á los de Prusia que á los de Austria, todos implacables enemigos de los pueblos. Despues debe renunciar la democracia alemana á dos utopias igualmente dañosas; á la utopia nacional y á la utopia socialista. La utopia nacional la perdió en 1848. Los demócratas de San Pablo creyeron que el pueblo aleman debia conservar las conquistas de sus tiranos; creyeron que debia seguir dominando á los húngaros, á los eslavos, á los italianos, como si la democracia, que es la justicia, no se corrompiera desde el momento en que se une con la injusticia. La utopia socialista es el escollo de todas las democracias, de la francesa, de la italiana, de la española, de la alemana. Sólo en el paraiso de América no ha entrado esa serpiente. Y yo entiendo por utopia socialista, no la reforma social que por la asociación, por la cooperación, por el crédito libre, por el tra-

bajo libre, debe mejorar la suerte de las clases trabajadoras y elevarlas al goce de la vida, sino la idea maldita de un Estado omnipotente que amortice el crédito y el trabajo en sus estériles manos, so pretexto de una mejor distribución de la riqueza, la cual terminaría fatalmente por un despotismo sin nombre y sin precedente en el gobierno, y por una miseria sin remedio en el pueblo. Es necesario resolver la cuestión social, cambiar las condiciones de las clases trabajadoras, sustituir á la inseguridad del salario la seguridad del dividendo, proveer por todos los medios á destruir la ignorancia y la miseria; pero todo por la libertad, sin violar en ninguna de sus manifestaciones, sin desconocer en ninguna de sus consecuencias ese principio sagrado, verdadero elemento de la vida, sello augusto de la dignidad humana.

He visto con extraordinario placer, que en los varios discursos pronunciados por los oradores demócratas en Viena, se ha invocado el ejemplo de la confederación suiza. En efecto, así como de las pirámides cristalinas de sus Alpes, del tranquilo seno de sus lagos, bajan el Pó, el Tesino, el Adigio que alimentan á Italia; el Ródano, que alimen-

ta á Francia; el Rin, que alimenta á Alemania; de sus veintidos cantones tan variamente organizados, pero tan ricos en libertades, tan hábiles en la aplicación de la pura democracia, de cienden torrentes más ricos todavía de ideas, en las cuales apagan su sed nuestras almas bebiendo la esperanza que se desprende siempre del ejemplo de un pueblo regido por sus derechos. Si Alemania se organizara como Suiza, el centro de la civilización europea habría cambiado, y el mundo entero gravitaría hácia la augusta patria del pensamiento moderno.

Pero es necesario desconfiar mucho de ese emperador de Austria, entregado en espíritu á la reacción. No se necesita rastrear mucho en su conducta para encontrar las pruebas de su infidelidad á la causa que aparenta sostener. Las relaciones personales del Emperador con la corte de Roma han sido siempre estrechísimas, y sus promesas de restaurar el Concordato en cuanto recobre su autoridad, han sido reiteradas. Ultimamente Beust ha querido deponer al embajador en Roma, al porfiado ultramontano Meysenburg, que en vez de ir á despuntar los rayos pontificios, los ha aguzado con sus con-

cesiones jesuíticas, á fin de que sonaran más fuertemente sobre la cabeza de Austria. Hay que desengañarse; es un verdadero imposible material y moral la alianza del Imperio austriaco con la democracia alemana.

CAPITULO XXI.

CUESTIONES SOCIALES Y RELIGIOSAS

Se ha presentado á las Cámaras del Imperio alemán la abolición del feudalismo en Meklemburgo. Prusia no podía consentir que este viejo tronco feudal permaneciese entre las nuevas instituciones. Presentó, pues, el proyecto de reforma. Lo más raro del caso es que el gran duque de Meklemburgo, siguiendo la ley eterna de la historia, se inclina como nuestros reyes de los tiempos feudales, á la reforma popular en odio á las usurpaciones hechas por la aristocracia sobre la autoridad central. Pero como quiere que el plenipotenciario del Ducado en el Parlamento germánico no represente sólo al Rey sino que también representa á la

cesiones jesuíticas, á fin de que sonaran más fuertemente sobre la cabeza de Austria. Hay que desengañarse; es un verdadero imposible material y moral la alianza del Imperio austriaco con la democracia alemana.

CAPITULO XXI.

CUESTIONES SOCIALES Y RELIGIOSAS

Se ha presentado á las Cámaras del Imperio alemán la abolición del feudalismo en Meklemburgo. Prusia no podía consentir que este viejo tronco feudal permaneciese entre las nuevas instituciones. Presentó, pues, el proyecto de reforma. Lo más raro del caso es que el gran duque de Meklemburgo, siguiendo la ley eterna de la historia, se inclina, como nuestros reyes de los tiempos feudales, á la reforma popular en odio á las usurpaciones hechas por la aristocracia sobre la autoridad central. Pero como quiera que el plenipotenciario del Ducado en el Parlamento germánico no representa sólo al Rey sino que también representa á la